

I. PIEDRA Y HIELO

La magia no era suficiente.

Se había dado cuenta muchos días atrás, pero simplemente no había querido creerlo. Por pura obstinación había seguido su marcha hacia el norte, siempre hacia el norte, aun cuando ni todos los hechizos térmicos eran ya capaces de mantener su cuerpo caliente, aun cuando hacía ya días que su montura había caído sobre la nieve, abatida por el frío y la inanición.

Pero él había continuado su viaje, cojeando, ajeno a todo esto, sin ser apenas consciente de lo que sucedía a su alrededor. Sabía que estaba ya muy cerca, lo intuía. Los conjuros localizadores no podían equivocarse.

Y, no obstante...

Se detuvo un momento, tiritando. Se pasó la lengua por los labios amoratados y miró en torno a sí, desorientado. La ventisca confundía sus sentidos; la cortina de nieve le impedía ver qué había más adelante, y el sordo sonido del viento lo aturdió sin piedad. Buscó algún punto de referencia, pero ni siquiera fue capaz de distinguir los picos de las montañas en la oscuridad.

No tenía ya fuerzas para abrir un túnel seco entre la tormenta de nieve. La magia lo abandonaba poco a poco, y apenas conseguía mantener su cuerpo caliente.

Cuando se dio cuenta de que tenía frío, comprendió de pronto que, si el hechizo térmico ya no funcionaba, ningún otro lo haría tampoco. Tenía que detenerse, descansar en algún sitio, buscar un refugio. Se volvió hacia todos lados, pero sólo el viento y la nieve respondieron a su muda petición de auxilio. Se echó sobre las manos el poco aliento que le restaba y siguió caminando, abriéndose paso a duras penas por la helada tierra de Nanhai.

Volvió a detenerse unos metros más allá, sin embargo. Sus sentidos de mago le alertaban de un peligro indefinido oculto en algún lugar de la tormenta. O tal vez su intuición, al igual que su magia, le estaba fallando también.

Casi no tuvo tiempo de preparar un hechizo de protección antes de que la bestia se le echara encima.

El mago ahogó una exclamación y pronunció instintivamente las palabras de un conjuro defensivo; pero nada sucedió. La chispa de su magia no prendió, su poder no acudió a su llamada.

Tuvo sólo un instante para echarse a un lado y rodar sobre la nieve, tratando de alejarse del animal, pese a que sabía que, una vez en el suelo, ya no tenía escapatoria. Se arrastró como pudo, pero la bestia ya cargaba de nuevo contra él. El mago dio media vuelta y alzó los brazos, para protegerse, en un movimiento instintivo completamente inútil.

Y, cuando las garras de la bestia se hundieron en su carne, el joven hechicero gritó de dolor y de terror, y se preguntó, por un momento, cómo era posible que hubiera llegado tan lejos para acabar de aquella manera.

La bestia coreó su grito con un gruñido. De pronto, dio un respingo, y emitió un lastimero aullido de dolor. Hizo un esfuerzo por alejarse de su víctima, pero las patas no le obedecieron. El mago lo vio echar la cabeza hacia atrás, abrir las fauces

en un grito silencioso, poner los ojos en blanco... y después, la enorme bestia cayó pesadamente sobre él, muerta.

Tardó un poco en asimilar la idea de que, de alguna milagrosa manera, se había salvado. Se arrastró como pudo desde debajo del voluminoso cuerpo del animal, jadeando y sujetándose el vientre ensangrentado, dejando un rastro carmesí sobre la nieve. No quiso pensar en que, aun con la bestia muerta, en su estado sería muy difícil salir vivo de allí. Sin embargo, inmediatamente otro asunto vino a reclamar su atención.

Ante él se alzaba una figura alta y esbelta, ataviada con una capa de pieles blancas que la ventisca sacudía furiosamente. Sostenía en la mano derecha una espada cuyo filo irradiaba un suave brillo glacial. El mago levantó la cabeza hacia él, y el recién llegado le devolvió una mirada indiferente e inhumana que lo atemorizó aun más que la bestia que había estado a punto de quitarle la vida. Con todo, conocía aquellos ojos azules demasiado bien.

Intentó levantarse, pero no fue capaz. Se le nubló la vista y cayó cuan largo era sobre la nieve, a los pies de su salvador.

Despertó en un lugar cálido y acogedor. No obstante, seguía teniendo frío, mucho frío, sobre todo en el estómago. Abrió los ojos con esfuerzo, pero no pudo hacer nada más. Se sentía demasiado débil.

De pronto, un rostro de piedra apareció en su campo de visión. Lanzó una breve exclamación de sorpresa; enfocó mejor la mirada, y pudo decir, con un hilo de voz:

–¿Yber?

El gigante gruñó algo y se retiró un poco. Fue otra voz, serena e impasible, la que respondió a su pregunta.

–Se llama Ydeon.

Giró la cabeza y descubrió entonces a una silueta vestida de negro, sentada cerca de él, que lo observaba con seriedad. Parpadeó un par de veces y frunció el ceño.

–¿Kirtash? ¿Qué haces aquí?

–Salvarte la vida una vez más –respondió el joven con cierta dureza–. Algo que se está convirtiendo en una costumbre, por lo que veo. También podría preguntarte yo qué haces *tú* aquí, Shail. ¿Acaso me buscabas?

Shail empezaba ya a pensar con claridad.

–No eres tan importante –murmuró, molesto–. No, no te buscaba a ti. ¿Qué te hace pensar eso?

–Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? Ydeon podrá decirte que no son muchos los que vienen a visitarle.

–No me metas en esto –rechinó el gigante–. Es amigo tuyo, ¿no?

–No somos amigos –replicaron los dos a la vez. Enseguida guardaron silencio, percatándose de lo absurdo de la situación.

–No me metáis en esto –repitió Ydeon–. Me voy: tengo cosas que hacer.

Se levantó para marcharse, pero se detuvo un momento junto a Shail.

–Toma –le dijo, tendiéndole un cuenco de sopa–. Te sentará bien.

Shail alzó la cabeza y lo miró, agradecido. Esbozó un gesto de dolor al alargar las manos hacia el cuenco.

–Fea herida, mago –comentó Ydeon.

–Se curará, supongo... –empezó Shail, pero se interrumpió, al darse cuenta de que el gigante no se refería a la lesión de su estómago–. Ah, eso –dijo entonces, echando un vistazo mohíno a su pierna lisiada–. No, eso no se curará, me temo. No puede crecer de nuevo.

–Humm –fue el único comentario de Ydeon.

Shail no dijo nada más. No le gustaba hablar del tema, y menos con un desconocido. Tomó el cuenco con ambas manos, porque era casi tan grande como un balde, y se concentró en el caldo que humeaba en su interior.

El gigante inclinó la cabeza, todavía meditabundo, y abandonó la estancia sin una palabra.

Ninguno de los dos jóvenes habló durante un rato. Christian contemplaba, absorto, el reflejo de las luces de la caldera de lava que calentaba la habitación, sentado en un rincón, con el aire aparentemente relajado que era propio de él. Shail terminó la sopa y trató de dejar el cuenco en una repisa, pero la herida no se lo permitió. Conteniendo un grito de dolor, se arriesgó a mirar hacia abajo. Le sorprendió ver que el frío que sentía no era solo una impresión suya: tenía el vientre cubierto de escarcha.

–¿Qué me has hecho? –pudo decir, con una nota de temor en su voz.

Christian no se volvió para mirarlo.

–Es una técnica shek de curación –respondió, lacónico–. La herida sanará más deprisa.

Shail tardó un poco en hablar.

–Supongo que debo darte las gracias –admitió, de mala gana.

–No te molestes. No lo he hecho por ti.

–Lo suponía. ¿Qué era esa bestia de la que me has rescatado?

–Un barjab. Salen a cazar por la noche, pero son lentos y pesados. No son difíciles de matar..., en condiciones normales.

–El Anillo de Hielo por poco acaba conmigo –admitió el mago tras un momento de silencio–. Mi magia ya había dejado de funcionar cuando ese animal me atacó. Si no llegas a aparecer...

–Ya te he dicho que no lo he hecho por ti –cortó Christian con sequedad–. No vuelvas a mencionarlo.

Shail lo miró, conteniendo la ira.

–Si tanto te importa Victoria, ¿por qué la has abandonado? –le reprochó.

El shek alzó la cabeza con brusquedad y lo miró fijamente, pero no respondió. Sus ojos eran un puñal de hielo, y le advertían de que no siguiera hablando; Shail, sin embargo, no se arredró.

–Victoria lo dio todo por ti, serpiente –le echó en cara–. Ahora se debate entre la vida y la muerte, y lo primero que hiciste tú en cuanto recobraste las fuerzas fue marcharte bien lejos de ella.

Christian no alzó la voz, pero su tono era peligrosamente gélido cuando dijo:

–Piensa lo que quieras, mago. No voy a perder el tiempo dándote explicaciones y, además, no tengo por qué hacerlo.

–Tal vez no tengas que dárme las a mí –replicó Shail, con más suavidad–, sino a ella. ¿Qué pasará si despierta y no estás allí? O, peor aún... ¿qué pasará si no sobrevive? Si tanto la quieres, ¿por qué no estás a su lado ahora?

Christian no respondió. Shail suspiró, inquieto. Aquel joven le inspiraba sentimientos encontrados. Por un lado, había luchado a su lado en la Resistencia, había contribuido a la caída de Ashran, había arriesgado su vida por Victoria. Pero antes de eso había sido su enemigo en la Tierra durante cinco años, a lo largo de los cuales la Resistencia había tratado, sin éxito, de salvar las vidas que él iba arrebatando sin la menor compasión. Además, ya los había traicionado en una ocasión, y el propio Shail había sido testigo de cómo asesinaba a Jack en los Picos de Fuego. El milagroso e inexplicable retorno del dragón al mundo de los vivos no podía borrar el hecho de que el shek lo había matado.

–He venido hasta aquí siguiendo la pista de Alexander –dijo entonces, cambiando de tema–. ¿Has sabido algo de él?

Christian tardó un poco en responder.

–No –dijo finalmente–. Pero si está en Nanhai, los gigantes lo encontrarán.

Shail asintió y se tendió de nuevo sobre el jergón. Se sentía débil todavía; aún necesitaría mucho reposo para restablecerse por completo. Christian se levantó, con intención de salir de la estancia. Pero se detuvo en la entrada y se volvió hacia el mago.

–Ella está bien –dijo a media voz.

Shail abrió los ojos.

–¿Cómo dices?

–Que ella está bien. Estable, quiero decir. Sigue inconsciente, pero su corazón todavía late. Sigue ahí, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Creo que eso es una buena señal.

–¿Cómo... cómo sabes todo eso?

–Porque todavía lleva puesto mi anillo.

El anillo... Shail recordó aquella joya, que tan siniestra le resultaba. La piedra, engarzada en una serpiente de plata, parecía un ojo que espiara a todo el que posaba su mirada en ella. El mago había sabido desde el principio que aquel no era un anillo cualquiera. Siempre había sospechado que el shek controlaba a Victoria, de alguna manera, a través de él. Había tardado en aceptar el hecho de que la voluntad de Victoria, incluso con la sortija puesta, seguía perteneciéndole a ella. Lo que la joya les proporcionaba a ambos era una suerte de comunicación sin palabras que los mantenía unidos incluso en la distancia. «Es un amuleto poderoso», se dijo Shail. Ciertamente, lo era; pero también se trataba de una prueba de afecto, de un vínculo que simbolizaba el sentimiento que, contra todo pronóstico, había enlazado los destinos de un unicornio y un shek en algún punto intermedio entre dos mundos sumidos en el caos.

Y, por un momento, Shail los envidió a ambos. Su propia relación con Zaisei, la sacerdotisa celeste, era hermosa y sincera, pero no gozaba de la intensidad del amor que se profesaban Christian y Victoria. Tampoco tenían modo de seguir comunicados cuando se separaban, al menos no de esa manera. Shail había

abandonado la Torre de Kazlunn varios meses atrás. Se había despedido de Zaisei, con el convencimiento de que ella estaría segura con Gaedalu y los magos de la Orden. Pero seguía echándola de menos cada noche, soñando con el instante en que volvería a estrecharla entre sus brazos.

Perdido en sus recuerdos, Shail se sumió lentamente en un pesado sopor. No fue consciente de que Christian abandonaba la estancia, en silencio.

Raden era una tierra inhóspita y pantanosa. Sus costas no poseían los impresionantes acantilados que dibujaban la mayoría de los litorales idhunitas, y por tal motivo, cada vez que subía la marea, las aguas inundaban buena parte de su territorio. Por eso, en Raden apenas había suelo firme. Las ciénagas recubrían casi toda su superficie, y en ellas crecían distintas especies de árboles de enormes raíces retorcidas que vivían con medio tronco bajo el agua. Pocos peces sobrevivían en el fango, y por eso, aquel era también el territorio de diferentes especies de anfibios, batracios y reptiles, y de raras aves zancudas de larguísimas patas.

Ninguna raza inteligente habitaba en Raden, salvo los pescadores de la ciénaga, un pueblo de humanos tan acostumbrados a vivir en humedales que muchos dudaban que fuesen realmente humanos, y no una tribu perdida de varu que se hubiese adaptado a los pantanos. Tiempo atrás, sin embargo, mucha gente había visitado Raden con frecuencia, pues allí se encontraba el Oráculo de los Tres Soles. Los pescadores de la ciénaga solían llevarlos desde Sarel hasta el Oráculo en sus esbeltas y frágiles barcas, que empujaban con largas pértigas. No obstante, hacía mucho que el Oráculo había sido destruido por los sheks, y por eso ya nadie se internaba en los pantanos.

Por esta razón, solo los pescadores sabían lo que se ocultaba allí; pero ellos, mientras hubiese cosas que pescar en el fango, no se preocuparían por averiguar qué estaba sucediendo, ni alertarían a nadie.

Para ser humanos, pensaba a menudo Assher, los pescadores de la ciénaga no parecían mucho más listos que los batracios que pescaban.

Assher había huido con su clan hacia el sur, después de la caída de la Torre de Drackwen. Habían hallado refugio en los pantanos, y ahora malvivían como mendigos entre el barro. Por fortuna, las escamas de su piel los protegían de la humedad, y de todas formas, los szish eran una raza paciente y estoica. Cuando los más jóvenes del clan osaban quejarse, los mayores los mandaban callar y les recordaban que los sangrecaliente acechaban lejos de las marismas, en las tierras secas, y que por eso no podían regresar a Alis Lithban.

–Además –solían decir–, estábamos peor en Umadhun.

Assher tenía sólo catorce años y no había conocido Umadhun. Había nacido después de la conjunción astral; era idhunita, como los sangrecaliente, y se había criado en Alis Lithban. Había crecido soñando que se uniría al ejército y que lucharía contra los sangrecaliente, bajo las órdenes de un shek. Assher nunca había estado realmente cerca de ningún shek, pero los admiraba y los respetaba hasta la adoración.

Sin embargo, todo aquello se había venido abajo. Su clan había huido en dirección al sur, en lugar de hacerlo hacia el norte, donde se estaban reagrupando otros clanes szish, protegidos por las montañas. Y ahora no se atrevían a abandonar la seguridad de los pantanos.

Tal vez los mayores estaban mejor en Raden que en Umadhun, pero Assher consideraba que Alis Lithban era mucho, mucho mejor.

Una noche, sin embargo, alguien había acudido a verles. Los centinelas deberían haberla atravesado con sus lanzas nada más verla llegar, pues ella era una sangrecaliente, una feérica. Pero, por algún motivo, no lo hicieron. La dejaron avanzar, mudos de asombro, tal vez preguntándose cómo aquella criatura era capaz de caminar entre el fango sin mancharse más arriba de los tobillos. Permitieron que ella se detuviese ante ellos y les hablara.

Assher la había visto de lejos. Había escuchado sus palabras, las palabras dirigidas a los adultos del clan. Unas palabras llenas de esperanza.

Algunos la habían reconocido, dijeron después. Se llamaba Gerde y había estado aliada con Ashran, el mago sangrecaliente en el que los sheks tanto confiaban, y que había sido derrotado, propiciando con ello la caída de los sangrefría. Gerde nunca había tenido verdadero poder sobre los szish y, sin embargo, aquella noche todos bebieron de sus palabras, especialmente los varones. Cuando ella se fue, había un brillo especial en la mirada de los hombres-serpiente, pero ninguno de ellos lo admitiría, para no ser objeto de las burlas o la ira de las mujeres del clan.

Assher tampoco lo confesó a nadie; pero, cuando Gerde se iba, pasó por delante de su cabaña y lo descubrió espiando por un resquicio de la puerta. Y le sonrió.

Desde entonces, el joven szish no había sido capaz de pensar en otra cosa, en nada ni en nadie que no fuese la bella feérica, a pesar de que los sangrecaliente siempre le habían parecido sumamente feos. Pero ella... ella era diferente.

Al día siguiente, los jefes del clan se reunieron y hablaron largo y tendido sobre las palabras de Gerde. Había un nuevo espíritu alentando sus corazones, la posibilidad de una nueva vida, de otra oportunidad. Y, varias jornadas más tarde, comenzaron las pruebas.

Al principio, a Assher no le habían permitido presentarse, porque era demasiado joven, dijeron. Así que se vio obligado a ver cómo los vencedores partían en dirección a Alis Lithban, para reunirse con Gerde. El premio que ella iba a entregarles no podía ser hallado en ningún otro lugar de Idhún. Por eso aquellas pruebas eran tan importantes, y por eso los mejores eran aclamados como héroes.

Tiempo después, uno de los vencedores regresó a Raden para demostrarles que las palabras de Gerde eran ciertas, y maravilló a todos con el don que ella le había concedido. La llamaba «mi señora» y hablaba de ella con gran reverencia. Algunos dudaron que fuera buena idea servir a una sangrecaliente, pero pronto se supo que había sheks junto a ella. Y el deseo de Assher de volver a verla se hizo cada vez más intenso, más insoportable.

Por fin, el milagro se produjo.

Para entonces, el clan de Assher había enviado a ocho candidatos a las tierras del norte, y de todos ellos, solo uno había sido rechazado por Gerde. Un día, uno de ellos regresó para anunciar que ella necesitaba jóvenes szish, jóvenes que no hubiesen cumplido los veinte años, y que elegiría a uno para concederle un don especial, para distinguirlo por encima de todos los demás.

Las pruebas volvieron a convocarse y, en esta ocasión, participaron casi todos los jóvenes del clan. Assher competía contra otros más fuertes y más rápidos, pero no

era eso lo que Gerde valoraba. Después de haber sido testigo de más de diez variedades diferentes de pruebas, Assher no había podido evitar preguntarse si los héroes, los elegidos, eran realmente los más capacitados, o simplemente se trataba de aquellos a los que más sonreía la suerte.

La prueba escogida en aquella ocasión fue la que llamaban el Laberinto del Fango. Cuando se supo, muchas madres intentaron disuadir a sus hijos de participar. Assher tuvo que insistir mucho para que la suya le diese permiso y, aunque finalmente accedió, reacia, el joven szish sabía que ni siquiera ella habría podido detenerlo. Porque habría dado cualquier cosa, habría hecho cualquier cosa, con tal de volver a ver a Gerde, con tal de obtener de ella aquel honor del que se hablaba.

Y por eso ahora se encontraba de pie, ante una amplia extensión pantanosa, junto a una hilera de chicos y chicas szish, dieciséis en total. Casi todos los jóvenes del clan. El Laberinto del Fango era la más peligrosa de todas las pruebas propuestas por Gerde y, no obstante, la participación jamás había sido tan alta.

Porque ellos eran jóvenes. También habían nacido en Idhún, en su mayoría, y no podían creer que Umadhun hubiera sido peor que aquel horrible pantano donde se hallaban exiliados.

Assher tembló brevemente cuando le taparon los ojos con una venda. Respiró hondo y trató de concentrarse.

–Esto es el Laberinto del Fango –anunció el juez; aunque no fuera necesario, puesto que ya todos lo conocían, se sentía en la obligación de seguir todas las formalidades–. Ante vosotros se extiende una ciénaga profunda y traicionera. La prueba consiste en cruzarla hasta el final. Existen caminos ocultos bajo la capa de barro, caminos por los cuales se puede avanzar sin que el fango os llegue más arriba de la rodilla. Existen también profundas fosas que pueden tragarse a un szish en menos tiempo del que se tarda en rescatarlo. Por tal motivo, presentarse a esta prueba supone correr un gran riesgo. Un solo paso en falso, y pereceréis en el barro. Pensadlo bien.

Reinó un pesado silencio. Nadie se movió ni dijo nada. El juez asintió.

–Que así sea –dijo–. Que el Séptimo guíe vuestros pasos en la oscuridad. Confiad en vuestra intuición: ella será vuestra mejor aliada.

Assher sintió que rodeaban su cintura con una cuerda de seguridad. Aquella medida había salvado a muchos, pero había sido inútil en algunos casos. Aun así, la cuerda le dio algo más de confianza.

–Que dé comienzo la prueba –anunció el juez.

Assher se quedó paralizado un momento. Oyó un chapoteo junto a él y supo que los demás ya se habían puesto en marcha. Inspiró hondo y, con cuidado, puso un pie delante de otro. El suelo seguía estable. Respiró.

Los minutos siguientes fueron largos y angustiosos. Assher se movió muy lentamente, tanteando, paso a paso. Durante un rato, siguió en línea recta y todo fue bien. Pero pronto se le acabó la suerte.

El siguiente paso que dio estuvo a punto de lanzarlo al abismo. El suelo cedió bajo sus pies y solo gracias a sus excelentes reflejos logró rectificar y dar un salto atrás. Se hundió hasta las pantorrillas, pero el lodo no llegó más allá. Tras él, oyó un grito de horror y un chapoteo, y exclamaciones ahogadas entre los

adultos que asistían a la prueba. Se quedó quieto, con el corazón encogido, hasta que oyó que el caído jadeaba y boqueaba, tratando de respirar, escupiendo barro. Lo habían sacado.

Assher tragó saliva y trató de pensar con rapidez. No podía seguir recto, por lo que tendría que buscar un camino alternativo, por la derecha o por la izquierda. Tras una breve reflexión comprendió que no era algo que pudiese deducir por la lógica. A su derecha y a su izquierda, los otros szish continuaban avanzando a tientas, pero eso no quería decir nada. Los senderos seguros bajo el barro eran estrechos, y si el muchacho de su derecha avanzaba por un camino firme, tal vez entre él y Assher se abriera un profundo agujero. No podía saberlo.

Recordó que las pruebas no consistían en pensar ni en deducir, sino en dejarse llevar por la intuición y el instinto... cosa que los szish no hacían jamás, y por esta razón les resultaba tan difícil todo aquello. Assher se atrevió a recordar el rostro de Gerde, su encantadora sonrisa, su voz. Sólo un pedazo de ciénaga se interponía entre él y su sueño.

Cerró los ojos bajo la venda y se dejó llevar.

Un paso a la izquierda.

Su pie se hundió en el fango... hasta el tobillo, y no más allá. Respiró, aliviado.

Avanzó con el otro pie, inseguro. Pero tampoco se hundió esta vez.

Había encontrado un camino.

Siguió el sendero unos pasos más hacia la izquierda; pero alguien chocó contra él y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Oyó gritar al otro chico. Reconoció su voz: era Izass, tenía su misma edad. Los dos manotearon en el aire, desesperados, tratando de mantenerse firmes sobre el fango... y entonces Assher oyó un sonoro chapoteo, que lo salpicó de barro, y un grito. Comprendió lo que pasaba: Izass se había caído y se hundía sin remedio. Gritó su nombre y trató de tenderle la mano, pero no veía. Intento quitarse la venda, pero sólo consiguió cubrirse la cara de barro. Notó, de todas formas, que algo arrastraba a Izass hacia atrás: los adultos tiraban de su cuerpo hacia la orilla.

Assher se quedó un rato parado, hasta que oyó un agudo grito de dolor, un grito femenino: la madre de Izass.

Habían sacado a su hijo del barro, pero era demasiado tarde.

Assher sintió que se mareaba y estuvo a punto de caer él también. Pero se aferró al recuerdo de Gerde, dejó que su imagen inundara sus pensamientos hasta que, poco a poco, recobró la sensatez.

Lentamente, movió de nuevo los pies para seguir buscando el camino seguro.

Y siguió avanzando, mientras a su alrededor, sus compañeros iban cayendo, uno a uno. Por fin, recorrer el Laberinto del Fango se convirtió en algo mecánico. Empezó a visualizar, de alguna manera, los caminos debajo de la ciénaga, y sus pasos se volvieron más seguros y menos titubeantes. En un par de ocasiones estuvo a punto de perder el pie, pero lo recuperó.

Y, cuando quiso darse cuenta, estaba casi en la meta.

Lo supo porque oyó una exclamación ahogada junto a él, y eso le hizo volver a la realidad. A su lado, uno de sus compañeros había estado a punto de salirse del sendero seguro. Una chica, para ser más exactos.

–¡Assher! –susurró ella–. ¿Eres tú?

–¡Sassia! –la reconoció.

–No debe de faltar mucho ya, ¿verdad? –preguntó ella, angustiada–. Assher, creo... creo que solo quedamos tú y yo.

Una horrible sensación de abatimiento cayó sobre Assher. No sabía que Sassia participaba en las pruebas. Ni siquiera se había fijado, y eso le llevó a preguntarse qué le estaba pasando. En Drackwen había bebido los vientos por ella.

–Ven, dame la mano –le susurró—. Juntos avanzaremos más seguros.

–¿Tú crees? –preguntó la joven szish, dubitativa–. ¿Y si uno de los dos resbala?

–Entonces, caeremos los dos, pero serán dos las cuerdas que puedan tirar de nosotros para rescatarnos. No te soltaré; te lo prometo.

Assher no pudo ver su expresión, pero pronto sintió que su mano tanteaba en el aire, junto a él. La atrapó y la estrechó con fuerza.

Así, juntos, poco a poco, fueron avanzando por los senderos ocultos bajo el barro. Assher volvió a visualizarlos en su mente y siguió caminando, arrastrando a Sassia tras de sí.

–¡Diez pasos para la llegada! –anunció la voz del juez un poco más allá.

«Lo vamos a conseguir... lo vamos a conseguir...», pensó Assher. El rostro de Gerde iluminaba todos sus pensamientos.

Entonces, Sassia resbaló y se hundió con un grito, tirando de Assher. Todo sucedió muy deprisa. El joven szish casi pudo ver a su compañera cayendo, y, al mismo tiempo, se vio a sí mismo cayendo con ella, hundiéndose en el fango... y perdiendo la prueba que lo separaría de Gerde.

No lo pensó. Casi sin darse cuenta, soltó la mano de Sassia como si le quemara su contacto.

Hubo gritos entre los szish que aguardaban en la orilla. Assher se quedó paralizado mientras tiraban de la chica para sacarla de la ciénaga y la remolcaban hasta la orilla. Aguzó el oído, esperando escuchar algo que le dijera si Sassia había sobrevivido, si la habían sacado a tiempo. Silencio.

Lentamente, Assher puso un pie delante de otro.

Los últimos metros los vivió como en un sueño. Cuando, por fin, trepó a tierra firme, junto al juez, y este lo declaró vencedor de la prueba, solo fue capaz de pensar: «Voy a ver a Gerde. Voy a ver a Gerde».

Cuando le quitaron la venda de los ojos y miró a su alrededor, vio, entre la multitud, a Sassia, envuelta en una manta, cubierta de barro, que lo miraba fijamente. Y era una mirada acusadora, una mirada que delataba el hecho de que había soltado su mano, de que había estado dispuesto a dejarla morir.

«No importa», se dijo el chico. «Voy a ver a Gerde».